

ABUELANDIA

—¡Abuelo, abuelo, esta noche es Nochebuena!

—Y mañana Navidad.

—¿Vamos a comprar dulces?

—Mejor, vamos a decirle a abuela que nos dé unos pestiños. La dejé esta mañana haciéndolos.

—¿Pestiños? ¿Qué son pestiños?

—Los pestiños son dulces que se hacían siempre por Navidad y que están muy ricos. A abuela se los enseñó a hacer su madre y a su madre, la suya, y así se aprendía siempre. También sabe hacer tortas fritas, y tortas de horno, y roscos de vino. Mucho más rico todo que lo que venden ahora.

El abuelo Severino llevaba de la mano a Carlitos, de vuelta a su casa desde la guardería. Por el camino, el niño sometía a un interrogatorio diario a su abuelo, que contestaba a sus preguntas con una sonrisa amable y una mirada de nostalgia, recordando quizá cuando él también era un niño y escuchaba a su propio abuelo contarle historias maravillosas.

—Abuelo, ¿a ti qué te traía Papá Noel cuando eras un niño como yo?

—Cuando yo era niño, Papá Noel vivía demasiado lejos para traernos nada a nosotros. Los encargados eran los Reyes Magos y los juguetes eran más sencillos que los de ahora. Y no necesitaban pilas.

—Yo he pedido la espada de la Guerra de las Galaxias.

—Yo conocí otra guerra en la que no había espadas. Pero sí tuve una. De madera. Me la hizo mi abuelo, que era carpintero. Todavía debo de tenerla en un altillo. Si tus padres me dejan, te la regalo.

—También he pedido un arco láser.

—Yo también tuve un año un arco y unas flechas de plástico, pero me gustaba mucho más el que nos hacíamos mis amigos y yo con las ramas de las moreras cuando las podaban en otoño. Una rama gordita para el arco y otras finitas para las flechas. En la punta les poníamos una latilla de cerveza aplastada para que tuviera peso y llegara más lejos.

—Y una pistola que lanza rayos atómicos.

—Seguro que era más bonita la pistolita que yo me hacía con dos pinzas de madera de tender la ropa. No lanzaba rayos sino semillas de algarroba, pero era muy divertido jugar con ellas.

Estaban ya cerca de la casa, donde la abuela tendría preparada la comida, unos filetes con tomate que a Carlitos le encantaban y unas acedías fritas que él aprovechaba para rebañar el tomate restante y acabar chupándose los dedos. Más tarde, después de una siesta en el sofá, con el abuelo, lo recogería su madre al salir del trabajo.

Pero hoy, para que el abuelo Severino le contara más historias de esas que tanto le gustaban, le propuso dar un rodeo por el parque para tener un poco de tiempo extra. Su abuelo aceptó encantado porque si había algo que le gustaba más que recordar su infancia era compartirla con Carlitos.

—Abuelo, ¿tú también jugabas con la consola, como yo?

—No, hijo, no. Cuando yo era niño no había consolas, ni plays, ni móviles. A cambio, casi nunca jugábamos solos. En mi casa vivía un montón de niños: Juanito, Manolín, Antoñito de Rosario, Popelín, ... y nuestras hermanas. Y jugábamos a lo que tocara en cada época del año: al trompo, a las latillas, a las piedras. También al coger, al escondite, a corta hilo, a piola... Pero a mí, a lo que más me gustaba jugar era a angúa angúa.

—¿Jugamos?

—Imposible. Tendríamos que ser por lo menos siete.

—¿Cómo se jugaba a eso?

—Se hacían dos equipos de tres o cuatro jugadores cada uno, más uno que no pertenecía a ninguno de los dos equipos. El grupo que se quedaba se ponía como si fueran caballos, agachados, uno detrás de otro, sobre la barriga del jugador neutral, y los jugadores del otro grupo tenían que saltar y montarse en ellos. Los que caían o hablaban, perdían, y luego se volvía a empezar.

A estas alturas, estaban llegando a la casa. Casi podían oler el tomate de la abuela y, si se levantaba un poco la nariz, los pestiños y el anís del mono, que esperaban a la Navidad, como cada año.

A Carlitos le habría gustado ser compañero de juegos del abuelo Severino. Se lo habrían pasado tan bien los dos... ¡Qué suerte tener un abuelo!

Antonio Tornero, diciembre de 2018